

Publicado en *Volver a las islas. Lecturas sobre la novela de Carlos Gamerro*, Ed. Rolando Bonpadre. Buenos Aires, Edhasa, 2021. p. 137-141.

Aniversarios
por Julieta Vitullo

La convocatoria para este volumen sobre *Las Islas* me hace pensar, antes que nada, en el significado de los aniversarios, porque su celebración es un aspecto fundamental de la construcción discursiva de toda identidad política. En lo personal, me interesan los aniversarios y las efemérides porque me permiten evaluar la magnitud de ciertos acontecimientos y observar la superposición de determinados eventos de mi vida con sucesos de la historia colectiva.

Fui a Malvinas por primera vez cuando se estaba por cumplir el vigésimo quinto aniversario de la guerra. Había soñado muchas veces con olas golpeando contra esas costas, pero no sabía que alguna vez vería esas costas y esas islas en la vida real. Era diciembre de 2006 y llevaba conmigo una *Lonely Planet* de las Falklands y dos libros más: *Las Islas* y *Los pichiciegos*. Lo sé porque cuando revolví cajas para buscar lo que necesitaba para escribir este texto (mi vida es una permanente sucesión de mudanzas cuyos aniversarios me ayudan a llevar registro de esa superposición entre historia y biografía) encontré dos cosas que me llamaron la atención: dentro del libro de Fogwill, un mapa de Port Stanley con unas anotaciones de Carlos, uno de los dos ex combatientes que conocí en ese viaje; en el de Gamerro, un folleto de la compañía de turismo con la que contraté las excursiones a los montes y campos de batallas, con notas mías al dorso sobre la guerra virtual y los gurkas sacados de un video juego de las tortugas ninja, sobre el señor Tamerlán y Felipe Félix, y sobre otros personajes y eventos de la novela. En aquel momento, iba a las islas con la idea de escribir un epílogo para mi tesis doctoral, en la que argumentaba que Malvinas es un *malestar* en la conciencia nacional al que el discurso político no puede enfrentarse pero la literatura sí. No me imaginaba que, cuatro años después, volvería a esas islas para hacer una película documental basada en aquel primer viaje y que fragmentos de esas dos novelas fundacionales sobre las ficciones de Malvinas aparecerían en el relato en off de la película. Por supuesto que tampoco imaginaba que un pasaje de la novela de Gamerro, que subrayé probablemente durante aquel primer viaje, aportaría la idea para el título de la película, *La forma exacta de las islas*.

Así como me interesan los aniversarios, también me interesa pensar en los sucesos que aquella persona que fui en distintos momentos de mi vida no podría jamás haber predicho y en cómo esos sucesos, grandes o aparentemente insignificantes, fueron tejiendo mi destino. Si no hubiese sido porque poco después de ese diciembre de 2006 se cumplían los veinticinco años de la guerra, no habría existido el encuentro con los ex combatientes que llevó a que ese viaje fuera el primero de dos, ni existiría la película. Fue precisamente porque se acercaba ese aniversario que el conductor de un programa televisivo que no sé si todavía existe les regaló un viaje a los dos ex combatientes para que pudieran cumplir el sueño de regresar al lugar de los hechos. Y fue a partir de allí que se desencadenaron una serie de eventos que cambiarían dramáticamente mi vida. (Para no incurrir en spoilers, dejo que los lectores a quienes les interese miren la película).

La imagen de la mariposa que bate sus alas al otro lado del mundo se prestaría bien aquí. Pero si, según el cliché, una pequeña perturbación puede dar lugar a grandes cambios, qué queda entonces para aleteos mayores como los que se producen con el lanzamiento de una bomba o de mil. Lo impredecible se vuelve inimaginable y se proyecta exponencialmente. Se van vidas enteras, generación tras generación, procesando e intentando vivir con el trauma. Ahí es donde los aniversarios deberían cumplir la función de retrotraernos, individual y colectivamente, a esos eventos originarios. Sin embargo, no hay nada aleatorio ni caótico en el modo en que los sucesos se seleccionan y las páginas del almanaque de una vida o una nación se van llenando de efemérides, sino que el acto de celebrar un aniversario implica operaciones de selección y jerarquización que llevan a la construcción de un relato histórico. De modo que aquello que se establece como causa y consecuencia también es producto de una operación de recuperación y perpetuación de determinadas trazas del pasado.

La voluntad de un borracho y sus secuaces, que conocían el enorme potencial de la causa de Malvinas para movilizar los afectos de la sociedad argentina, destruyó vidas y cambió el curso de la historia nacional de un modo que la sociedad quizá nunca sea capaz de medir por mucho que se conmemore cada 2 de abril porque, ¿qué es realmente lo que recordamos en cada uno de esos actos conmemorativos? ¿Que *las Malvinas son argentinas*? ¿Cuántos recuerdan en esos aniversarios el paso de Carlos y uno de sus compañeros por cierto peñasco del Monte Dos Hermanas en el momento justo en que un proyectil británico caía disparado desde el Monte Tumbledown, paso que le cambió la vida a Carlos y a la madre del soldado, y que tuvo reverberaciones de incalculable magnitud?

Creo que es por la vigencia del relato de esas historias de vida que cambiaron para siempre a partir del 2 de abril de 1982 que me conmuevo una vez más al releer la novela de Gamerro. No es el genial manejo de los géneros (la ciencia ficción, el thriller, el policial negro), ni su parodia de ciertos relatos (ultranacionalistas, proféticos, utópicos), dispositivos ambos que aportan cualidades monumentales y totalizadoras como sólo la mejor literatura puede permitirse, lo que hace que yo me siga maravillando con la novela y le siga encontrando puntos de entrada y de análisis. O es eso, sí, pero no sólo eso. Es en la superposición de una imaginación exuberante y abarcadora donde la risa, la farsa y lo ridículo conviven y se retroalimentan con el inmenso dolor y la tragedia a pequeña escala de su héroe, Felipe Félix, donde la novela se deja seguir leyendo y se renueva ahora, veinte años después, o mañana, cuando se celebren los cincuenta. Con todos sus gratificantes excesos y sus juegos desbordantes, el relato merece ser contado porque la guerra afectó la vida de Félix, el protagonista, y la de los “diez mil iluminados, locos, profetas malditos”, que hacen como que viven, pero en realidad sólo piensan en volver a las islas.¹

Creo que cuando fui por primera vez a Malvinas, carecía de esa perspectiva. Es el transcurso de ciertos hechos entre los que incluyo el haber escuchado la historia de Carlos y de su compañero caído mientras juntos buscábamos el lugar exacto donde Carlos lo vio morir, y es quizás el paso del tiempo y de unos cuantos aniversarios, lo que me lleva a pensar hoy que la novela seguirá siendo vigente siempre porque, pese a rehuir exitosamente el género testimonial, acaba dando prueba de la magnitud de la tragedia de los ex combatientes como ninguna otra obra sobre el tema lo ha hecho.

El vigésimo aniversario de la publicación de *Las Islas* conlleva además la extrañeza de un déjà vu. El presente de la narración es 1992, el décimo aniversario de la guerra, a la cual la novela vuelve recurrentemente a partir de flashbacks en clave de farsa y de drama. Pero lo que plantea el relato no es apenas un cruce entre esos dos momentos (1982 y 1992), sino un continuo en el que coexisten la risa y el dolor, lo ridículo y lo serio, la farsa y la tragedia. Leer la novela hoy, cuando la pesadilla neoliberal se repite y el país se lanza una vez más a los brazos del FMI, aporta una lección de historia contemporánea con ecos que son paramnésicos sólo en apariencia. En el relato, la década menemista se presenta claramente como la continuación del proceso

¹ Carlos Gamerro. *Las Islas*. Buenos Aires: Simurg, 1998. 404.

neoliberal iniciado con la dictadura. Si leerla hace diez años implicaba recordar ese proceso neoliberal en tanto suceso pasado, una lectura desde el hoy nos devuelve como un espejo la imagen del presente.

Cuando *Las Islas* se estrenó como obra teatral en 2011 en el Teatro Presidente Alvear, el contexto era el de un discurso oficial nacional y popular que, en el marco de los festejos del Bicentenario, trataba de reafirmar su postura anticolonialista con respecto a la cuestión de la soberanía y buscaba definir su posición en el presente y su inscripción dentro de la historia. Al mismo tiempo, el macrismo gobernaba la ciudad de Buenos Aires con un discurso antitético al de los Kirchner, no sólo en cuanto a su relación con los poderes del imperio, sino en cuanto a sus prácticas discursivas: la amnesia y la indiferencia como estrategias para hacer política. En aquel momento, el director de la obra, Alejandro Tantanian, resaltaba la importancia de poner la pieza en un teatro público durante la gestión de un empresario de derecha como Mauricio Macri: “Macri podría ser un hijo bobo de Tamerlán”, explicaba Tantanian, y afirmaba que el discurso de Tamerlán no estaba pasado de moda sino que estaba en funcionamiento en ese momento desde el gobierno, y que era por eso fundamental que un espectáculo como *Las Islas* se montara dentro de un teatro oficial.²

Para los que, como yo, hicieron su entrada a la vida cívica con la guerra de Malvinas (acababa de empezar primer grado ese 2 de abril), la impronta de ese aniversario es ineludible. En mi caso, fue la insistencia de aquel primer recuerdo histórico lo que me llevó a decidir que para mi tesis doctoral estudiaría las ficciones producidas en torno a la guerra. Y como decía al principio, esa impronta marcó mi vida de manera imprevisible.

Y para los que, como yo, se fueron de la Argentina en el 2001 y forjaron sus últimos recuerdos como residentes del país a la sombra del menemismo, pensar en el presente de la escritura y publicación de *Las Islas* es un poco como volver a la Argentina de hoy con la extraña sensación de que el tiempo no pasó. Salvando las distancias, es un poco como lo que ocurre en la novela, donde la guerra en realidad no terminó y los sobrevivientes no existen porque esos que volvieron son en verdad diez mil locos, profetas malditos, que andan rondando por los confines del país con dos pedazos arrancados del corazón, “y cada mordisco tiene la forma exacta de las Islas”.³

² Méndez, Mercedes. “Entrevista a Alejandro Tantanian y Luis Ziembrowski”. *Tiempo Argentino* 21 mayo 2011. 15 octubre 2011. <<http://tiempo.elargentino.com/notas/gobierno-militar-menemismo-y-macri-son-mismo>>

³ Gamarro, 405.

Quizá los aniversarios deberían servir para que los recuerdos entren en un ciclo orgánico como el de respirar todos los días, o como el ritmo de las olas golpeando contra las costas de unas islas cuya forma exacta seguiremos intentando descifrar a partir de la gran literatura.